

LA CIUDADANÍA DESDE LA PERSPECTIVA POLÍTICA DE HANNAH ARENDT

ANDRÉS ZAPATA LONDOÑO*

RESUMEN

Este ensayo recoge algunas reflexiones de Hannah Arendt alrededor de la ciudadanía. Se divide en los siguientes tres apartados: i) las raíces griegas del ciudadano arendtiano, en el que se aborda la perspectiva histórica y conceptual de la democracia griega; ii) la impredecibilidad de la acción política, en el cual se analizan las acciones de los ciudadanos a partir de la configuración de discursos en la esfera pública; y iii) la ciudadanía en tanto lo plural y lo distinto, que desarrolla el concepto de la igualdad, según Arendt, como artificio político.

PALABRAS CLAVE

Ciudadanía, Hannah Arendt, esfera pública, *lexis, praxis*.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Zapata, A. (2020). La ciudadanía desde la perspectiva política de Hannah Arendt. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 11-12, 32-40.

INTRODUCCIÓN

Las tesis y reflexiones de Hannah Arendt en torno a lo político constituyen un punto de análisis ineludible para entender las diferentes problemáticas políticas actuales en relación con su concepto de ciudadanía. La intención de regresar al lugar donde nace gran parte de la civilización occidental, a Grecia, es brindar un panorama analítico que deja de lado los anacronismos y las abstracciones para configurar una mirada histórica a los fenómenos sociales y también al sujeto

* Estudiante del pregrado en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia).
Correo electrónico: andres.zapata12@udea.edu.co.

político con sus funciones, su importancia y sus retos. Su pensamiento, muchas veces acusado por su mirada pacifista e incluso ingenua de la naturaleza del individuo político, se centra en proponer el desenvolvimiento del ciudadano en una esfera pública donde se pueda articular su libertad y se puedan concluir sus derechos.

Para Arendt, la ciudadanía es un artificio político que fundamentalmente intenta cubrir con derechos y deberes a un individuo. Arendt propone que en el magma político —en el contexto griego diríamos la *polis*— se pueden construir mecanismos de diálogo, participación, debate y confrontación de argumentos, en los que el ciudadano libre pueda, a partir de la articulación de discursos y la identificación de intereses con otros ciudadanos libres, llevar a cabo acciones conjuntas que le den una trayectoria determinada a la comunidad política. Sin embargo, más allá de los intentos de unos individuos por moldear ciertos aspectos de la comunidad, Arendt sostiene la tesis de que estas acciones políticas tienen como característica lo impredecible y plural de sus resultados.

Este ensayo propone abordar tres temáticas relacionadas con el pensamiento político de Hannah Arendt que giran en torno al concepto de «ciudadanía». Los ejes centrales del ensayo son: las raíces griegas del ciudadano arendtiano; la acción política como lo impredecible y, por último, la ciudadanía arendtiana en tanto lo plural y lo distinto. El primer eje recoge los principales conceptos que Arendt toma de Grecia, como la ciudadanía, la democracia y la diferencia entre lo público y lo privado. El segundo eje tiene que ver con la tesis arendtiana de ver la política como un entramado de acciones impredecibles de ciudadanos que configuran discursos complejos para el debate en la esfera pública. El tercero —que es un punto central en el pensamiento de Arendt— es que la igualdad de los individuos es un artificio político que se da en la comunidad, en la esfera social, y, por tanto, genera la imposibilidad de debatir e incluso querer cambiar las diferencias naturales y culturales de los ciudadanos, porque estas diferencias se presentan en la esfera privada.

LAS RAÍCES GRIEGAS DEL CIUDADANO ARENDTIANO

Para Arendt la política no es una actividad natural en el individuo. Argumenta que la política tiene que ver con una creación que intenta articular, en un espacio público, dos elementos centrales en su pensamiento, a saber: la acción y el discurso; o *praxis* y *lexis* (Uribe, 2001, p. 167). Es decir, la política es una

construcción cultural que va en constante desarrollo y que, a través de la historia, se moldea por ideas que los individuos proponen en la comunidad política. No obstante, en el escenario griego no todos podían entrar en ese espacio donde la acción y el discurso se unían para conversar acerca de los asuntos colectivos. Algunas prácticas humanas estaban determinadas para mujeres y esclavos, otras, como la aparición en público, para los ciudadanos libres¹.

En ese sentido, Arendt propone tres escenarios en los cuales básicamente intenta sentar los criterios de aquello que pertenece a lo privado y lo que pertenece a lo público² (Arendt, 1993, p. 281). Estos tres escenarios son: la labor, el trabajo y la acción. La labor y el trabajo, es decir, todo aquello que se relaciona con la subsistencia básica de los individuos —comida, cobijo y todo lo que tiene que ver con los trabajos domésticos— estaban direccionados a las mujeres y a los esclavos. Estas prácticas se presentaban solamente en el ámbito de lo privado (Vallarino, 2002, p. 13). Por otro lado, la acción requería de un espacio diferente, en el que la característica principal fuera el reconocimiento de otro interlocutor como ciudadano libre, como ciudadano que tuviera la capacidad de articular discursos y discutirlos con sus semejantes en la esfera pública³.

La diferencia entre aquello que hace parte de lo público y lo privado era tan importante para los griegos, y por supuesto también para Arendt, que la participación de los ciudadanos libres en la esfera pública era la consumación de la libertad misma (Mesa y Posada, 2012, p. 48). Esta diferencia queda más clara en lo planteado por la profesora María Teresa Uribe:

La entrada en la esfera pública implica ocultar, oscurecer y mantener en privado la identidad natural y las diferencias que de allí devienen para adoptar la máscara del ciudadano; sin el artificio político de la

-
- 1 Ser ciudadano libre significaba fundamentalmente no ser esclavo y no estar sometido a las arbitrariedades de las necesidades humanas. La importancia del rescate de la tradición griega descansa en la reivindicación del ámbito público como forma predominante de la acción política. Una de las definiciones más conocidas acerca de la naturaleza del ciudadano griego fue la de Aristóteles en su libro primero de *La política*, que calificó la criatura humana como *zoon politikón*, es decir, animal o ser social por naturaleza (Aristóteles, 1988).
 - 2 Arendt analiza también el fenómeno histórico de la modernidad y expresa su preocupación por el declive del ciudadano. Argumenta que tales esferas de público y privado en la modernidad se han invertido, pues la figura del burgués tiende a tener una profunda aversión por los asuntos públicos, se presenta una decadencia del ciudadano y, por tanto, es un sujeto que deja de lado su condición humana, su libertad.
 - 3 Esta idea de la separación entre lo público y lo privado es una característica fundamental para establecer lo que se entiende por la política en la modernidad. Las dos vertientes de ciudadanía democrática moderna, es decir, la republicana y la liberal, tienen su énfasis y su acento en lo público y lo privado, respectivamente. O sea, en términos griegos, en la *polis* y en el *oikos* (Mesa y Posada, 2012, p. 40).

ciudadanía el sujeto sería solo un individuo sin derechos y deberes, un hombre natural, un buen salvaje (...) que al carecer del estatus ciudadano y del derecho a tener derechos puede terminar convertido en alguien irrelevante. (Uribe, 2001, p. 173)

La tesis es reveladora. El dominio, la violencia, la esclavitud y la subyugación se presentaban en la esfera privada. Por otro lado, el diálogo, el reconocimiento, el consenso, el debate y, en últimas, la libertad del individuo se practicaba cuando se tenía la «máscara» de ciudadano. Era una contradicción en sí misma hablar de un ciudadano que no practicara la libertad. No obstante, además de la libertad, como característica y requisito al mismo tiempo, los ciudadanos tenían una dinámica política en términos de horizontalidad.

El hecho de que en la *polis* los ciudadanos no fueran gobernados no quiere decir que en el diálogo público debían hacer lo contrario, esto es, intentar dominar a los otros sujetos. En el diálogo igualitario y horizontal a partir de su discurso, los ciudadanos libres podían intentar convencer a los otros de que su idea era la más adecuada para el bienestar de la *polis*. Es justamente aquí donde se puede encontrar, en este ejercicio genealógico, las raíces fundamentales de la democracia occidental y, por ende, el minucioso y enérgico énfasis de Arendt en la investigación de Grecia y sus prácticas políticas. Si ser privado de la *polis* —o no tener libertad— era carecer de la palabra, entonces el ejercicio del diálogo y la experiencia de la *lexis* era aquello que constituía el sentido de la existencia para los griegos.

LA IMPREDECIBILIDAD DE LA ACCIÓN POLÍTICA

El título de este apartado es en principio llamativo y sugestivo. Si teníamos la tesis de que la dinámica política de la *polis* era intervenida por los ciudadanos, no se puede caer en el error analítico de pensar que existe una articulación pétreo entre objetivos y resultados. La política es impredecible, porque, más allá de que Arendt piense una naturaleza humana más encaminada a comportamientos benevolentes⁴ (Vallarino, 2002, pp. 20-21), tampoco hay que dejar de lado que los sujetos están determinados por emociones, ideas abstractas, opiniones, pasiones y, sobre todo, intereses que no siempre se presentan como escenarios de perfectibilidad en la *polis*. Los intereses en abstracto que los ciudadanos intentan

4 Al defender una condición antropológica humana más optimista que pesimista, Arendt sostiene la tesis de que los hombres, por su misma condición, pueden establecer acciones conjuntas y llegar a consensos.

materializar en la *polis* no siempre se ven en la realidad. Lo impredecible es una característica innegable de la acción política⁵.

Desde este punto de vista, la acción de los ciudadanos en la esfera pública tenía como objetivo la creación de elementos nuevos para el bienestar de la comunidad. Entre ellos, tomar la iniciativa en diferentes ámbitos de la vida pública, la conformación conjunta de instituciones y, en últimas, poner a la esfera pública en movimiento (Parekh, 2004, p. 29) más allá de tener conciencia de lo impredecible de sus resultados. Dicho de otro modo, una ciudadanía que no se queda quieta, que está en constante construcción y en constante crítica frente a los asuntos públicos.

Esta dificultad era superada con el fundamento de que hay una prevalencia de la comunidad política ante el sujeto, ante el ciudadano. Si algo caracteriza la Grecia que Hannah Arendt analiza con nostalgia es la preponderancia absoluta del colectivo sobre el individuo⁶. Por tanto, las decisiones que allí se tomaban eran resultado directo de las deliberaciones conjuntas y el establecimiento de un criterio de bienestar que abarcara a la mayor parte del grupo. La siguiente cita de Carlos Kohn puede explicar mejor este punto:

La deliberación y la acción pública, en suma, deben proveer un pensamiento que aglutine a una multiplicidad de sujetos, reconociendo su condición de pares iguales y manteniendo la distinción de sus puntos de vista. (...) solo dialogando en la esfera pública es posible comprender, desde una diversidad de perspectivas, cuáles, y por qué, ciertas acciones se deben tomar y cuales evitar. (Kohn, 2007, p. 27)

Este pequeño fragmento se puede analizar intentando hacer una genealogía de la democracia, entendiéndola desde las bases filosóficas griegas. La comunidad en la que se internaba el ciudadano no era una unidad en sí misma,

5 Arendt sostiene que la política está principalmente en la creación del consenso. En tanto consenso la idea de la utilización de la violencia pierde toda justificación. Más allá de eso, Arendt distingue entre el concepto de «violencia» y «poder». El poder es generado de manera espontánea por las acciones colectivas de los actores en su pluralidad, por los ciudadanos; al tiempo que la violencia intenta silenciar, dispersar y aislar tales acciones colectivas. Desde esta perspectiva, el poder es un fin en sí mismo porque configura la amalgama que unifica los actores en el espacio público; mientras que la violencia es solo instrumental por ser un medio para alcanzar el fin de la coerción (Duarte, 2004, p. 97).

6 Esta forma de ciudadanía se conoce como el modelo cívico de ciudadanía activa (y colectiva), cuyas características están consignadas en las prácticas de pensar, querer y actuar de manera colectiva en el espacio público con el propósito de hacer surgir lo nuevo y transformar lo existente a través del convencimiento de los pares.

sino más bien un diálogo constante. Cuando párrafos atrás se proponía la imposibilidad de constituir de manera exacta las ideas con los objetivos reales, también hablábamos en términos estrictamente arendtianos, hablábamos de la desarticulación entre *lexis* y *praxis*. La acción de los ciudadanos hecha *praxis* y *lexis* (prácticas y discursos) es la que posibilita la dinámica constante de la comunidad política (Uribe, 2001, p. 168).

La ciudadanía que nos propone Arendt, en consecuencia, es una ciudadanía fundamentalmente participativa. Una ciudadanía que está en constante diálogo con sus pares y que no pretende imponer por la fuerza ninguna idea⁷, más bien, pretende imponerla a través de un discurso argumentado que intervenga en la subjetividad de su contradictor, y así, persuadirlo de que la idea que se tiene posee más elementos positivos que otras. Si bien es cierto que no es posible conocer el resultado de una acción política que los ciudadanos no lleven a cabo, es importante aparecer, hablar, dialogar, debatir, pero, sobre todo, construir un ciudadano que ame su propia libertad.

LA CIUDADANÍA ARENDTIANA EN TANTO LO PLURAL Y LO DISTINTO

Como punto de partida se debe tener en cuenta que Hannah Arendt se aleja de toda tradición iusnaturalista. Sus reflexiones acerca de la libertad e igualdad del individuo tienen que ver con una construcción artificial política, que se da en el desarrollo de culturas humanas, como la de Grecia, por ejemplo. Se muestra crítica al pensar el individuo como un ser dotado en términos naturales de libertad e igualdad. Muestra que las diferencias biológicas y culturales constituyen un factor pétreo, incambiable. La igualdad y la libertad son artificios que solo se pueden poner en práctica en la esfera pública y que aquellos que tenían el derecho de ejercer esa libertad eran los ciudadanos.

Sin embargo, sería un anacronismo y un error conceptual pensar que Arendt nos propone una ciudadanía restrictiva solamente para los hombres. Por el contrario, es una ciudadanía que abarca múltiples factores e intenta aglutinar diferentes subjetividades argumentando la defensa de la diferencia y de elementos no debatibles en la esfera pública que además no pueden ser un obstáculo para entrar en ella:

7 La violencia es antipolítica. Esta problemática tesis arendtiana sostiene que la violencia no constituye una característica inherente y natural del accionar humano; forma parte, más bien, del terreno de las decisiones humanas. Lo que sí es inherente es el poder de la acción política. De manera que la violencia es la negación de ambos, esto es, del poder y de la acción política, porque constituye la negación parcial o total de la vida humana.

Las diferencias tal como hoy las entendemos a la luz del multiculturalismo, diferencias de género, de etnias, de cultura, pertenecen a lo privado, allí se expresan en toda su amplitud y subsisten bajo el manto de la naturaleza. Estas diferencias no pueden ser cambiadas a voluntad, ni por la acción ni por el discurso; por eso no podrían ser objeto de debate o controversia. (...) esas diferencias naturales no pueden ser una barrera para entrar en lo público ni un argumento válido para excluir de ese universo a ninguna persona en razón de su naturaleza. (...) lo público es un horizonte abierto y sin límites para desenvolver allí la condición humana en todas sus dimensiones. (Uribe, 2001, p. 174)

Este fragmento de la profesora María Teresa Uribe es pertinente, porque plantea la discusión de la ciudadanía arendtiana, pero desde el punto de vista de los debates en la actualidad. Si lo público es un universo enorme en el que los ciudadanos pueden ejercer su libertad y, además, su condición humana, entonces el ciudadano, en estos términos, se convierte en la figura central de la política, incluso por encima del Estado. Esta tesis es problemática y admite una profunda y casi interminable discusión. El problema radica en que el Estado, esta institución enorme que tiene como objetivo el monopolio legítimo de la violencia⁸ (Weber, 1969), sostiene una relación de verticalidad y jerarquización con los ciudadanos a partir del atributo de la soberanía⁹. El Estado, entendido como forma monolítica del ejercicio de la violencia, constituye la negación total de la pluralidad humana, y es por este motivo que debe hacerse la distinción entre la violencia y el poder, que se constituyen como opuestos, por lo que donde uno domina absolutamente falta el otro (Zapata, 2006, p. 511).

Según Kohn (2007, p. 28), la preservación de la distintividad humana, lo diferente, lo plural, lo diverso, las posibilidades contingentes de los individuos y el consecuente rechazo de las colectividades cerradas en sí mismas configuran el elemento neurálgico del artificio político de la ciudadanía. Ni la raza, ni la religión, ni intereses comunes ni la figura de clase pueden ser obstáculos para la libertad humana en tanto ejercicio de la ciudadanía.

8 Se debe entender violencia no como forma inherente al ser humano, sino como decisión política. Pensar la violencia como natural a los individuos constituye una condena interminable a su uso instrumental. Es decir que se instaura una evidente imposibilidad de concebir a la sociedad, la política y la vida sin la inserción instrumental de la violencia.

9 Soberanía entendida como poder absoluto e indivisible; en ese sentido, quien la detente tiene la facultad de exigir la sumisión de los súbditos a su voluntad. Desde esta perspectiva, la política tendrá como eje central, a partir de la instauración del Estado como forma de organización política, la utilización de la violencia (Bartolomé, 2011, p. 611).

CONCLUSIONES

La ciudadanía es un artificio político que se crea para darles a los sujetos unos derechos y unos deberes por pertenecer a una comunidad. Arendt rompe con los postulados iusnaturalistas de la libertad e igualdad naturales, no obstante, les da un significado preponderante a las diferencias biológicas y culturales de los individuos. Invita a una acción política que no ponga obstáculos a las diferencias, sino más bien las reivindica para articular puentes de comunicación entre los ciudadanos para tomar decisiones que impacten positivamente a todos los pertenecientes al colectivo.

Más que una ciudadanía restrictiva, Arendt dota a su ciudadano ideal con una responsabilidad cívica enorme. Su ciudadano es participativo, propone ideas, argumenta sus posiciones, articula discursos, identifica posiciones afines y, a través del diálogo, intenta convencer a sus contradictores de que su posición es la más adecuada para los objetivos colectivos de la comunidad. La importancia de la perspectiva arendtiana de la ciudadanía radica en la necesidad de formar sujetos políticos que incidan en su entorno por medio de una participación activa en la esfera pública, en las instituciones y en el debate político en general. Los valores del respeto y la tolerancia al que piensa diferente, al que se ve diferente, al que simplemente no tiene nuestras convicciones son el punto de partida importante para constituir una fuerte democracia que respete los derechos diversos de los ciudadanos.

Es importante retomar hoy la defensa del ciudadano como figura principal de la política a cambio de los fenómenos de apatía y poca participación, más allá de que esta tesis entre en conflicto con las tradicionales formas de entender la política bajo la forma institucional del Estado desde la modernidad. En últimas, el ciudadano le debe a la comunidad misma una trascendencia de las realidades dadas, una inquietud por empezar nuevos proyectos sociales, una aversión al silencio y a la quietud y el planteamiento de críticas constructivas para el camino más amable de la comunidad, teniendo siempre en cuenta, desde un ethos consciente y realista, las dificultades que encontrará en el magma político. Dificultades no solo con otros grupos de actores que llevan iniciativas dicotómicas y antagónicas para la acción política, sino con la manera como el Estado puede, en algunos casos, desarticular las acciones de los ciudadanos mediante el ejercicio de la violencia.

El ethos consciente y realista de ejercer la ciudadanía implica tener en cuenta las concepciones de política y su relación con el aparato del Estado. El ejercicio de la ciudadanía y de la construcción de proyectos sociales y colectivos

tiene como contraparte otra concepción de la política, más jerárquica, que es la que se refiere a la idea según la cual esta se relaciona con una estructura organizacional de mando, de poder y de uso de la fuerza. Se intentó en este texto, a partir de la palabra «impredecibilidad», dar cuenta de que el escenario de las disputas sociales es el escenario de lo posible y de lo contradictorio y, por tanto, el ejercicio de la ciudadanía debe ir de la mano de la idea según la cual lo social es una disputa de intereses entre instituciones de diferentes índoles, entre ellas el Estado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
2. Aristóteles. (1988). *Política*. Madrid: Cremos.
3. Bartolomé, C. (2011). Crítica a las tesis naturalistas de la vida humana. Un diálogo con Hannah Arendt. *Isegoría*, 45, 609-624.
4. Duarte, A. (2004.) Biopolítica y diseminación de la violencia. Hannah Arendt y la crítica del presente. *Pasajes*, 13, 97-105.
5. Kohn, C. (2007). Reconocimiento, igualdad y diferencia en la concepción arendtiana de ciudadanía. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 30, 23-34
6. Mesa, A. y Posada, R. (2012). Cohesión social y espacio de aparición: el papel de los espectadores en el concepto de ciudadanía de Hannah Arendt. *Estudios Políticos*, 40, 38-52.
7. Osorio, F. (2010). Hannah Arendt y la búsqueda del individuo en el Estado Nación. *Lasallista*, 7, 100-115
8. Parekh, B. (2005). *Pensadores políticos contemporáneos. Hannah Arendt*. Madrid: Alianza Editorial.
9. Uribe, M. (2001). Esfera pública: acción política y ciudadanía. Una mirada desde Hannah Arendt. *Estudios Políticos*, 9, 164-184
10. Vallarino, C. (2002). Ciudadanía y representación en el pensamiento político de Hannah Arendt. *Cuestiones Políticas*, 28, 11-29.
11. Weber, M. (1969). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.
12. Zapata, G. (2006). La condición política en Hannah Arendt. *Papel Político*, 11, 505-523.